

**REAL E ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS DE
ZARAGOZA.**

FESTIVIDAD DE SAN IVO, 2014.

PRIMER PREMIO DEL CONCURSO DE RELATO CORTO:

TÍTULO: PÁJAROS EN EL AIRE.

SEUDÓNIMO: ALFOMBRA ROJA.

AUTOR: DOMINGO AGUILAR CALAVERA
ABOGADO COLEGIADO Nº 1.980
Mail: domingoaguilar@reicaz.com

PÁJAROS EN EL AIRE

*Lo que la oruga llama final,
el resto del mundo lo llama mariposa.
(Lao Tzu)*

Aquella mañana, Luna se despertó inquieta, como si de un mal sueño se tratara, sin saber que comenzaba, de nuevo, algo irrepetible en su vida y en la de otras personas que todavía ni siquiera conocía.

Pensó que quizá era una pesadilla por la reciente ruptura con su novio. Después de 4 años de relación habían llegado a un callejón sin salida, sin poder avanzar hacia ninguna parte y había sido ella quien tomó una decisión inevitable que quizá él, no podía comprender.

Sin embargo se dio cuenta de que su despertar precipitado, no le había dejado mal sabor de boca, sino una extraña sensación que no acertaba a comprender. En realidad nadie puede hacerlo, nadie puede saber, solo presentir, qué hay al otro lado de una puerta que comienza a abrirse frente a ti para que continúes tu camino.

De repente recordó que ese era su primer día de trabajo, y pensó que, quizá ese era su despertar inquieto, su puerta entreabierta.

- ¡¡ Cómo se me ha podido olvidar !! - Exclamó.

Saltó de la cama y se fue directamente a la ducha. Desayunó mientras se secaba su abundante cabellera negra.

- Menos mal que lo tengo corto - Pensó.

Se vistió a toda prisa y bajó a la calle, donde su menudo cuerpo saltó sobre su moto sin muchos miramientos. El tráfico era complicado a esas horas y tenía que arriesgarse porque necesitaba llegar al menos con 15 minutos de antelación a la hora prevista de comienzo de la jornada. Tenía que firmar el contrato de trabajo en las oficinas de la residencia y que le asignaran turnos y tareas.

Era su primer trabajo con contrato fijo, desde que había terminado la carrera de enfermería. Estaba cansada de tanta interinidad y de tanta sustitución, al menos ahora podía asentarse un poco y mirar a más largo plazo.

Un trabajo en una residencia de ancianos, no era lo que más le apetecía. Le gustaban más los niños, pero no estaban los tiempos para andar rechazando trabajos y menos un contrato fijo.

Al fin llegó temprano a las oficinas, donde la recibió Mercedes, la directora del centro. Mercedes era una mujer que bajo su apariencia relajada, escondía cierta tensión emocional. Siempre muy sonriente y maquillada para ocultar su verdadera edad, lo cual le confería un aspecto pastoso. Su exagerada sonrisa era solo una pose, se notaba porque no sonreía con los ojos. La recibió con un abrazo y dos besos de falsa cordialidad a la vez que exclamaba:

- ¡¡ Bienvenida a nuestra familia !!

Le explicó que su contrato era "un 150": *Indefinido a tiempo completo, fomento de empleo, inicial*. Luna no entendió nada, pero el sueldo con los turnos de noche, estaba bien y le permitía vivir de forma independiente, incluso ahorrar algo gracias a su estricto control de gastos. En definitiva, había firmado tantos tipos de contratos, que le daba igual lo que Mercedes le contaba. Así que, mientras Mercedes hacía ver que entendía lo que explicaba, con gestos exagerados, Luna hizo ver que entendía lo que escuchaba, asintiendo con la cabeza y media sonrisa en los labios. Recordaba lo que un antiguo novio, estudiante de derecho, le dijo una vez:

-Fija o no, te pueden echar de cualquier trabajo en cualquier momento.

Mercedes se interesó por su familia y aficiones con una cordialidad que en definitiva, escondía su desinterés. Solo pretendía saber si Luna era feliz, y realmente Luna ni se lo planteaba, simplemente era feliz. Una vez asignados sus turnos la acompañó hasta la puerta.

Salieron al pasillo y allí Mercedes, mirando de una forma fría hacia las habitaciones de los residentes, transformó su voz y con un susurro, que quiso que pareciera una confidencia entre amigas, pero que a Luna le sonó a amargura, le dijo:

- Te daré un consejo, niña, no te encariñes con los viejos. Los verás morir a todos. Uno a uno, poco a poco, pero a todos. Cuanto antes lo aprendas antes dejarás de sufrir. Ellos también están esperando la muerte, pero lo disimulan y si te ven frágil se agarrarán a ti pensando que tú puedes librarles, que tú eres la vida eterna, pero con eso solo te arrastrarán hacia donde ellos no quieren mirar, hacia su abismo sin esperanza, hacia su irremediable fin. Esta es su última estación, luego ya no hay nada. No lo olvides, hazme caso. Todo está escrito y nada se puede cambiar.

Luna agradeció el consejo, pero le dijo que cada uno es como es y que ella era afectiva por naturaleza, que le costaría dejar de serlo, pero que lo tendría en cuenta. Mercedes se despidió de ella con una mirada de escepticismo y cierta arrogancia, como si leyera su destino. Pero el destino de Luna, no estaba al alcance de Mercedes. Su destino se escondía tras la mirada de un anciano, tras unos ojos de mirada perdida.

De momento le asignaron el turno de mañana de la tercera planta. Allí estaban los ancianos que, por una u otra razón, tenían restringida la salida de la residencia. Los primeros días anduvo algo nerviosa intentando recordar los nombres, las habitaciones, los protocolos y las tareas, sin errar las pastillas y los tratamientos y todas las demás cosas. Así es que casi ni tiempo tuvo para fijarse en nada que no fuera su tarea y en hacerla bien.

La enfermera del control de la tercera planta se llamaba Matilde. Era una mujer de mediana edad, ojos saltones e inexpresivos, labios finos y una voz chillona y desagradable. Tenía puestos apodos a todos los ancianos y cuando los mencionaba por sus mote, se reía ella sola de su poca gracia con una especie de graznido, de risa aspirada.

Cuando todas las cosas fueron encajando en la cabeza de Luna, comenzó a prestar más atención a los ancianos, aprendiendo sus nombres y costumbres. Le llamó especialmente la atención el de la habitación nº 7. Se llamaba Eduardo. Para Matilde, "el lagartija". Riéndose sola, como una idiota, relataba Matilde que lo llamaba así, por que un día Eduardo salió a la calle y lo encontraron intentando trepar por una pared. *ii Como una lagartija !!*, gritaba Matilde entre estúpidas risotadas. Con sus apodos, demostraba su crueldad y lo que en realidad era, una mujer amargada y acomplexada por su propio aspecto que necesitaba mofarse de los demás para olvidarse de su propia fealdad.

Lo cierto es que a Luna, Eduardo le parecía un anciano de mirada tierna, a veces triste, a veces distraída, pero alguien inofensivo y no alcanzaba a comprender por qué estaba en la tercera planta. Tenía 85 años y era viudo. Hablaba muy poco, y con frases inconexas, casi todo el tiempo estaba como ausente, como en un mundo soñado. Todo parecía indicar que era un anciano con demencia senil o algo peor.

Muchos días, cuando Luna entraba con las medicinas o la comida, lo encontraba sentado mirando por la ventana señalando con su dedo hacia un lado y hacia otro, y siguiendo con su mirada las ramas del árbol que era lo único que, sentado desde su ventana, se

podía ver. Recitaba una frase, pero Luna solo podía entender "...un pájaro,un pájaro". Luna le seguía la corriente y le decía:

- Sí, Eduardo, has visto un pájaro, ¿era bonito?.

Cuando Luna le hablaba, Eduardo escuchaba con total atención, y su sonrisa bondadosa le hacía comprender que, pese a vivir en otro mundo, le escuchaba y entendía. Un día tocó su mejilla con delicadeza y le dijo una frase que, por un instante, dejó pensativa a Luna:

- Tú también serás un pájaro algún día, un pájaro.

En la habitación de Eduardo apenas entraba el sol, estaba orientada al norte. Habló con Mercedes, la directora, porque había una habitación libre en la que daba el sol. Mercedes le dijo:

- Ya veo que no me has hecho caso, que te has encariñado de ese viejo. Pero no creas que somos tan crueles. Quisimos poner a Eduardo en otra habitación más soleada, pero él no quiso, se rebeló y se puso furioso. A estos ancianos en ocasiones no se les puede cambiar la rutina y él quería esa habitación orientada al norte, y ahí lo hemos dejado, mirando embobado por la ventana a ese árbol y señalando las ramas. Es su forma de distraerse.

Al poco tiempo Luna pasó al turno de tarde. Su relación con Eduardo, y con otros residentes, se fue estrechando. Eduardo le escuchaba con atención cuando Luna le contaba historias de su vida cotidiana. Se dio cuenta de que Eduardo entendía perfectamente lo que ella le contaba, incluso en ocasiones le decía frases cortas de palabras destartaladas. Pero sobretodo Luna aprendió a leer en sus ojos, en su mirada, que eran más elocuentes que mil palabras. En ocasiones veía tristeza cuando mencionaba la frase del pájaro, y en otras la miraba con dulce ternura, como si ya supiera todo lo que iba a suceder.

Una tarde mágica, una mágica tarde de mayo, Luna entró en la habitación de Eduardo para llevarle la merienda. Al entrar le sorprendió la presencia de otra persona que al ver a Luna, se puso en pie y con una sonrisa que ella jamás podría olvidar, se acercó y le dijo:

- Seguro que tú eres Luna, ¿verdad?. Mi abuelo me habla de ti.- y le dio dos besos que la dejaron completamente azorada.

- Perdona, me presento, soy Guillermo, el nieto de Eduardo, pero todo el mundo me llama Guille. ¿Cómo estás Luna?

- No sabía que tuviera un nieto. Encantada de conocerte.- Dijo Luna

Guillermo era un joven alto y de constitución atlética, el pelo rubio y corto y los mismos ojos verdes que debía tener Eduardo cuando era joven.

Eduardo le llamó para que se volviera a sentar a su lado.

- Espera, Luna. Le estoy contando a mi abuelo, mi última ascensión al Vignemale por el corredor Moskowa. Le encanta que le cuente cosas de la montaña.- Dijo Guillermo

Luna, que seguía completamente azorada, dejó el yogur sobre la mesilla y apenas acertó a decir que debía seguir repartiendo la merienda a los demás residentes, saliendo casi sin despedirse.

En la puerta se encontró con Matilde, que con una sonrisa maliciosa le dijo:

- Guapo el tal Guille, ¿verdad?. Pero Luna no pudo ni responder.

Cuando hubo repartido todas las meriendas, regresó al pasillo de la habitación nº 7, con la esperanza de que Guillermo no se hubiera marchado todavía. Su corazón estaba más acelerado que cuando subía las escaleras hasta la tercera corriendo. Primero esperó haciéndose la remolona, pero su impaciencia iba en aumento, así que se puso a pensar en alguna excusa para volver a entrar en la habitación de Eduardo y comprobar si Guillermo todavía estaba ahí.

- Perdón, ¿he dejado cucharita para el yogur? dijo Luna.

Y, sí, ahí estaban la cucharita sobre la mesilla y también Guillermo sentado junto a su abuelo, que miraba por la ventana y señalaba con el dedo arriba y abajo, y miraba inquieto las ramas del árbol de un lado y de otro, mientras Guillermo le escuchaba con atención y Eduardo repetía sin cesar: "*.....un pájaro,un pájaro,un pájaro*". *No, abuelo, no hay ningún pájaro.*

Guillermo se levantó, besó a su abuelo y le dijo que pronto volvería a verlo.

Luna y Guillermo salieron juntos de la habitación, bajaron lentamente las escaleras y caminaron hasta la puerta principal.

- ¿Eres el nieto mayor?, pregunto Luna.

- Si, soy el mayor, -dijo Guillermo- y vengo alguna tarde a verlo y a contarle historias de las montañas. Le gustan mucho, incluso me da consejos. Mi abuelo ha sido un gran montañero, pero cuando tuvo el accidente mi abuela lo pasó tan mal.....que lo dejo todo.

Con una enorme sonrisa y completamente emocionada Luna le dijo:

- Yo también le cuento cosas y me escucha y creo que me entiende; y ahora tú me dices que también te habla.

- Sí, creo que tiene sus momentos,- dijo Guillermo-, pero cuando le hablo de mis excursiones sé que me entiende. También me ha hablado de ti y no me ha engañado cuando me ha dicho que eras muy cariñosa y guapa.

No serían pocas las tardes que ambos coincidieron en la habitación de Eduardo, y con cada una de ellas se iba forjando el inicio de una amistad que los unía, poco a poco, con dulces lazos de algodón. Incluso un fin de semana quedaron para dar un paseo. Para Luna fue algo muy extraño, parecía que el hecho de tratar a diario con Eduardo, le hiciera sentirse más cerca de Guillermo.

Pero esas coincidencias, esos pensamientos, no eran casuales, todas esas páginas estaban ya escritas y nada, ni nadie, podría borrar, ni una palabra, ni una coma, ni un acento de todo lo que ya estaba decidido en sus vidas.

Un día Guillermo le contó el accidente de su abuela.

- Era el mes de febrero. Ese día había riesgo de aludes 2, es un riesgo bajo, pero no existe el riesgo 0 en la nieve. Tuvieron mala suerte, los sorprendió por la tarde una colada de fusión en un embudo de un barranco, mientras bajaban esquiando. A ella la arrastró pero él pudo escapar por un lateral. Tardaron tres días en encontrar a mi abuela. Él la buscó de día y de noche, sin descanso, pero fue imposible encontrar su rastro. Estaba bajo cuatro metros de nieve. Mi abuelo ya nunca ha sido el mismo. La montaña es peligrosa, todos lo sabemos, para él fue un golpe muy duro. Tengo la sensación de que sigue ahí, buscándola en medio de la nieve y gritando su nombre. Un día cogió sus cenizas y se fue con ellas no sabemos donde, pero seguro que las dejó en algún lugar de los Pirineos. Quizá era un lugar especial para ellos, no lo sabemos, nunca nos ha dicho nada. Desde entonces cada vez ha ido estando más ausente, hasta llegar a no valerse por si mismo, por eso lo trajeron mis padres a esta residencia.

- Es una historia triste Guille. Gracias por compartirla, - dijo Luna.

Ese día, Guillermo se marchó, y Luna le siguió con la mirada desde las amplias ventanas del pasillo de la tercera planta. Le miraba mientras caminaba hacia su coche. Sin saber por qué, Luna cerró los ojos por un instante y levantó curvando sus brazos al frente, como si le estuviera dando un abrazo en la distancia. Al abrir los ojos, Guillermo estaba junto a su coche, con el mismo gesto de abrazo en la distancia y mirando hacia ella. Fueron unos segundos inexplicables y mágicos, pero ciertos. Cuando Luna bajo los brazos, sintió que una mano se posaba en su hombro con la suavidad de las alas de un pájaro. Era la mano de Eduardo que la miraba con ternura infinita.

Una mañana de junio, Luna llegó con su moto a la residencia, subió corriendo a la planta tercera y saludó a Matilde con un gran: ¡¡ Buenos días !!. Matilde, como siempre, le respondió entre dientes, casi de modo imperceptible. Cuando apenas había sobrepasado unos pasos el mostrador de control, Matilde dijo sin entonación alguna:

- Esta noche se ha muerto "el lagartija", el de la 7.

Luna se quedó paralizada, sin volverse, mientras sentía como sus ojos se llenaban de lágrimas y su corazón de tristeza. En ese momento, la puerta de la habitación nº 7 se abrió y salió Mercedes, la directora. Al ver sus lágrimas le dijo:

- Ya veo que te has enterado. Ves, tenías que haberme hecho caso. Él se enganchó a ti, pero tú no podías salvarle, ni darle un minuto más de vida, y ahora te das cuenta que toca sufrir por nada.

Luna entró en la habitación. Eduardo no estaba, lo habían trasladado al depósito, pero encontró a Guillermo mirando por la ventana las ramas de los árboles, se abrazaron, mientras le decía conteniendo unas lágrimas imposibles de contener:

- Lo siento de veras, Guille, lo siento.

- Gracias, Luna, sé que le apreciabas y él a ti. Le voy a echar mucho de menos. ¿ A quién voy a contar ahora mis excursiones? dijo Guillermo.

- Yo te escucharé siempre - dijo Luna con una tierna sonrisa en los labios y lagrimas en las mejillas.

Guillermo le dijo que iban a incinerar a su abuelo Eduardo, y que había dispuesto que sus cenizas debían ser depositadas en un lugar que él conocía pero que hacía mucho tiempo que no visitaba. Le preguntó si quería acompañarlos a él y a su familia. Luna le dijo:

- Nunca he subido a una montaña, pero me gustaría hacerlo contigo.

- No es un montaña, dijo Guillermo. Es un lugar impresionante de nuestro Pirineo. Si quieres venir, yo te ayudaré a subir. ¿Quieres?, y Luna, como no podía ser de otra manera, por que todo estaba escrito y para que todo fuera como estaba escrito, dijo:

- Sí, me encantaría acompañarte a ese lugar.

Todas las piezas en las vidas de Luna y Guillermo, comenzaban a encajar, pero no por una suma de casualidades temporales, como piensan algunos, si no por magia, la pura magia de la vida y del amor.

Guillermo pasó a recogerla con su coche, muy temprano, a la 6 de la mañana. Los montañeros madrugamos mucho, le dijo, pero a Luna le daba igual, apenas había podido conciliar el sueño por esa una mezcla de nerviosismo y temor a lo desconocido que tienen todos los montañeros su primera vez.

Los acompañaban en el coche tres primos de Guillermo. Se llamaba Noemí, Natalia y Luis. Tenían 12, 11 y 8 años. Durante la primera hora de viaje, no dejaron de asatear a Luna con preguntas sobre todo lo humano y lo divino, sobre su vida y sobre todo lo que se les ocurrió. Al rato discutieron entre ellos, riñeron, Luisito acabó llorando porque sus hermanas mayores le pegaron y al fin los tres se quedaron dormidos de puro cansancio, sobre una bolsa de pétalos de rosa, que llevaban para echarlos por la senda de subida al lugar que Eduardo había designado para que se depositaran sus cenizas.

Comenzaron a caminar a las 9. El valle estaba cubierto por una bruma que hacía que las hierbas del camino se encontraran cuajadas de gotas que mojaron los bajos de sus pantalones. Cruzaron una palanca de hormigón y se adentraron en un bosque de pinos hasta llegar, por una ancha pista, a un puente sobre un caudaloso arroyo que bajaba de la parte alta del valle, que comenzaba a abrirse frente a ellos. Sin perder, ni dejar la pista, alcanzaron los carteles que les indicaban la senda de subida. Los pinos dejaron paso a los helechos cuyas hojas estaban cuajadas de rocío. Al frente se veían altas paredes que hicieron dudar a Luna, pero siguió la huella de Guillermo y de su destino. Lentamente caminaron por una estrecha senda de piedras y tierra, mientras contemplaban a su izquierda las cascadas que daban nacimiento a un gran río.

Luego de algún descanso, donde Guillermo se volcó en atenciones hacia Luna, comenzaron los innumerables zigzagueos del camino hasta llegar a lo que parecía ser el final, unos paredones de

piedra, aparentemente infranqueables, que de una manera sorprendente, se evitaban por un sendero colgado y aéreo hacia la izquierda.

Después de tres horas de subida, Luna estaba agotada, pero Guillermo le dijo que habían llegado al final. La tomó de la mano, una mano fría que contrastaba con el calor de la mano de Guillermo. Era la primera vez que se cogían de la mano y sintió como su calor la inundaba por completo cuando sus dedos quedaron entrelazados.

Ya sin soltarse, siguieron caminando unos metros, hasta que el camino gira a la derecha y llanea definitivamente. Solo pudieron dar unos pasos. Allí los esperaba la leve bruma tibia de primavera, que permitía ver a los otros familiares detenidos y dispersos en medio de la llanura. Estaban parados, callados e inmóviles, mirando al frente, como penitentes de hielo. Contemplaban un glaciar suspendido en la inmensidad de la cara norte de la montaña. Permanecían quietos, extasiados, como si hubieran entrado en un templo con el más bello retablo que la mano del hombre pudiera tallar en hielo. También Luna y Guillermo, permanecieron unos minutos mirando el glaciar y la montaña, en una inmensidad que nadie puede abarcar con una sola mirada, ni con dos, ni con treinta.

Poco a poco, los penitentes comenzaron a caminar hacia una gran pila de piedras. Un túmulo hecho por el hombre piedra a piedra hasta alcanzar una altura considerable y que estaba adornada con banderitas tibetanas de muchos colores que lanzaban oraciones al viento. El glaciar les seguía hipnotizando, y sin poder dejar de mirarlo siguieron caminando hasta el otro lado de la pila de piedras.

- Este es el lugar que mi abuelo ha elegido para que dejemos sus cenizas, le dijo Guillermo. Estoy seguro que también dejó aquí las de mi abuela. Es un lugar precioso, único en el Pirineo.

Los tres primos habían derramado todos los pétalos de rosa roja a los pies del túmulo de piedras, y mientras Guillermo seguía mirando el glaciar suspendido, Luna echó la vista atrás, hacia una gran piedra con una placa y una inscripción que comenzó a leer.

Al instante los ojos de Luna se llenaron de lágrimas y sin poder contenerlas, abrazó con fuerza a Guillermo mientras le decía entre sollozos:

- ¡¡ Está aquí !!. Siempre estuvo aquí con ella, Guille. ¡¡ Nunca fue prisionero de la habitación número 7 !!.

Sin poder soltar a Guille, Luna continuó diciendo:

- No miraba las ramas del árbol, ni veía un pájaro. Miraba a la montaña, nos la enseñaba, como tú me la estás enseñando ahora. Se la enseñaba a ella, a su esposa a la que amó hasta más allá de la muerte y con la que estaba aquí sentado mirando por su ventana.

- Pero, ¿Quién?, dijo Guillermo, ¿De quién hablas, Luna.?

Y Luna, sin poder dejar de abrazarlo, como ya no podría dejar de hacerlo nunca jamás, le dijo:

- Guille, mira esa placa sobre la piedra. Y Guillermo comenzó a leerla en voz alta.

“Si le hubiera cortado las alas, habría sido mía, no hubiera volado. Pero así, habría dejado de ser un pájaro, y yo,.....yo a quien amaba, era a un pájaro.”

Te quiero. Eduardo.

Y allí de pie, abrazados para siempre, sobre una alfombra roja de pétalos de rosa, todo comenzaba a terminar para unos y a la vez todo volvía a comenzar, una vez más, para otros, como en ese ciclo incesante de nuestras vidas que solo las eternas montañas tienen tiempo de contemplar.

ALFOMBRA ROJA.

Nota del autor:

Los personajes y hechos descritos, son fruto de mi imaginación. Sin embargo los lugares, la ascensión, el glaciar, la montaña e incluso la leyenda escrita sobre la placa, existen en realidad y me ofrezco para acompañar a quien lo desee, para que pueda comprobar, personalmente, que mi torpe descripción no hace justicia a la belleza del lugar.

De forma deliberada, he omitido en el relato el nombre de esos lugares. He querido “jugar” con mis compañeros montañeros para forzarles a descubrir, como seguro que habrán hecho, que se trata de la subida al Balcón de Pineta, y del glaciar y cara norte de Monte Perdido. Lugares mágicos e inolvidables donde se puede leer esa leyenda que me ha dado alas para fabular a esta historia.